

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

EL PRINCIPITO





Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

El principito

Antoine de Saint-Exupéry

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Tomás Alcalde

Proyecto Fénix

Índice

1. [Nota de esta edición](#)
2. [Dedicatoria](#)
3. [I](#)
4. [II](#)
5. [III](#)
6. [IV](#)
7. [V](#)
8. [VI](#)
9. [VII](#)
10. [VIII](#)
11. [IX](#)
12. [X](#)
13. [XI](#)
14. [XII](#)
15. [XIII](#)
16. [XIV](#)
17. [XV](#)
18. [XVI](#)
19. [XVII](#)
20. [XVIII](#)
21. [XIX](#)
22. [XX](#)
23. [XXI](#)
24. [XXII](#)
25. [XXIII](#)
26. [XXIV](#)
27. [XXV](#)

28. [XXVI](#)

29. [XXVII](#)

Nota de esta edición

Esta es una traducción nueva de Proyecto Fénix, hecha directamente del francés de *Le Petit Prince*, de Antoine de Saint-Exupéry (1900-1944), publicado por primera vez en Nueva York en 1943, en francés y en inglés.

Saint-Exupéry desapareció en vuelo en julio de 1944, y en Chile su obra es de dominio público desde el 1 de enero de 2015. Las traducciones al español que circulan tienen sus propios derechos, por eso esta edición no sigue ninguna: se tradujo del original. Los dibujos son los del autor, en el lugar que ocupan en la primera edición.

La traducción busca la sencillez del original: frases cortas, el tuteo entre el principito y quienes encuentra, y el «ustedes» con que el narrador habla al lector. Se mantuvieron las palabras que el libro vuelve a usar a propósito, como «personas mayores» y «domesticar».

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial y se cotejó párrafo por párrafo con el original francés. Si encuentras un error, puedes avisarlo desde el sitio de Proyecto Fénix.

Traducción de Proyecto Fénix, 2026. Se puede copiar y difundir gratis, con crédito y sin fines de lucro, bajo la licencia Creative Commons BY-NC-SA 4.0.

Dedicatoria

A LÉON WERTH

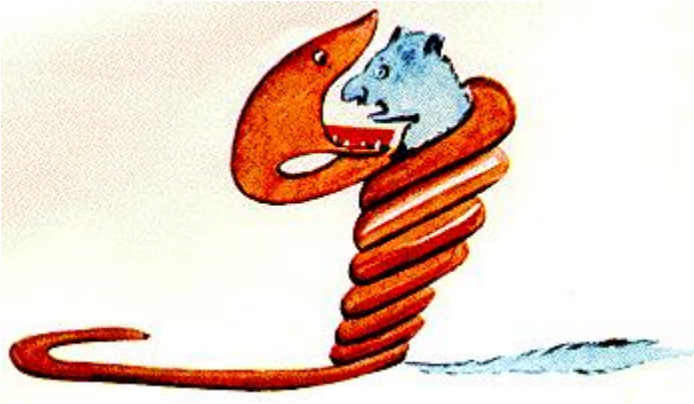
Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una excusa seria: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona mayor lo puede entender todo, hasta los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona mayor vive en Francia, donde pasa hambre y frío. Le hace mucha falta que la consuelen. Si todas estas excusas no bastan, quiero dedicar entonces este libro al niño que fue alguna vez esta persona mayor. Todas las personas mayores fueron primero niños. (Pero pocas lo recuerdan). Corrijo, pues, mi dedicatoria:

A LÉON WERTH

CUANDO ERA NIÑO

I

Cuando yo tenía seis años vi una vez una imagen magnífica en un libro sobre la selva virgen que se llamaba *Historias vividas*. Mostraba una serpiente boa que se tragaba a una fiera. Esta es la copia del dibujo.



En el libro decía: «Las serpientes boas se tragan a su presa entera, sin masticarla. Después ya no pueden moverse y duermen durante los seis meses que dura su digestión».

Me puse entonces a pensar mucho en las aventuras de la jungla y, a mi vez, logré trazar con un lápiz de color mi primer dibujo. Mi dibujo número 1. Era así:



Les mostré mi obra maestra a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo.

Me contestaron: «¿Por qué habría de dar miedo un sombrero?».

Mi dibujo no era un sombrero. Era una serpiente boa que digería un elefante. Dibujé entonces el interior de la serpiente boa, para que las personas mayores pudieran entender. Siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas mayores me aconsejaron dejar a un lado los dibujos de serpientes boas abiertas o cerradas y ocuparme más bien de la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así fue como abandoné, a los seis años, una magnífica carrera de pintor. Me había desanimado el fracaso de mi dibujo número 1 y de mi dibujo número 2. Las personas mayores nunca entienden nada por sí solas, y es cansador para los niños tener que darles explicaciones una y otra vez.

Tuve, pues, que elegir otro oficio y aprendí a pilotear aviones. He volado un poco por todo el mundo. Y es verdad que la geografía me ha servido mucho. Sabía distinguir de un vistazo la China de Arizona. Eso es muy útil si uno se pierde de noche.

A lo largo de mi vida he tenido así montones de contactos con montones de gente seria. He vivido mucho entre las personas mayores. Las he visto muy de cerca. Eso no mejoró demasiado mi opinión.

Cuando me encontraba con alguna que me parecía un poco lúcida, hacía la prueba con ella de mi dibujo número 1, que siempre he guardado. Quería saber si era de verdad comprensiva. Pero siempre me respondía: «Es un sombrero». Entonces yo no le hablaba ni de serpientes boas, ni de selvas vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su altura. Le hablaba de bridge, de golf, de política y de corbatas. Y la persona mayor quedaba muy contenta de conocer a un hombre tan razonable.

II

Viví así, solo, sin nadie con quien hablar de verdad, hasta que tuve una avería en el desierto del Sahara, hace seis años. Algo se había roto en mi motor. Y como no llevaba conmigo ni mecánico ni pasajeros, me dispuse a intentar, yo solo, una reparación difícil. Para mí era cuestión de vida o muerte. Apenas tenía agua para beber durante ocho días.

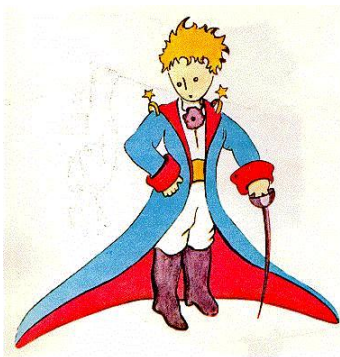
La primera noche me dormí, pues, sobre la arena, a mil millas de cualquier tierra habitada. Estaba mucho más aislado que un náufrago en una balsa en medio del océano. Imaginen entonces mi sorpresa cuando, al amanecer, me despertó una vocecita extraña. Decía:

«Por favor... ¡dibújame un cordero!».

«¿Eh?».

«Dibújame un cordero...».

Me puse de pie de un salto, como si me hubiera caído un rayo. Me froté bien los ojos. Miré bien. Y vi a un hombrecito del todo extraordinario que me observaba con seriedad. Este es el mejor retrato que, más tarde, logré hacer de él. Pero mi dibujo, claro está, es mucho menos encantador que el modelo. No es culpa mía. Las personas mayores me habían desanimado de mi carrera de pintor a los seis años, y no había aprendido a dibujar nada, salvo boas cerradas y boas abiertas.



Miré, pues, aquella aparición con los ojos redondos de asombro. No olviden que me encontraba a mil millas de cualquier región habitada. Y sin embargo mi hombrecito no parecía ni perdido, ni muerto de cansancio, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto de miedo. No tenía en absoluto el aspecto de un niño perdido en medio del desierto, a mil millas de cualquier región habitada. Cuando por fin logré hablar, le dije:

«Pero ¿qué haces aquí?».

Y él me repitió entonces, muy despacio, como si se tratara de algo muy serio:

«Por favor... dibújame un cordero...».

Cuando el misterio impresiona demasiado, uno no se atreve a desobedecer. Por absurdo que me pareciera, a mil millas de todo lugar habitado y en peligro de muerte, saqué del bolsillo una hoja de papel y una pluma estilográfica. Pero recordé entonces que yo había estudiado sobre todo geografía, historia, cálculo y gramática, y le dije al hombrecito (con un poco de mal humor) que no sabía dibujar. Me respondió:

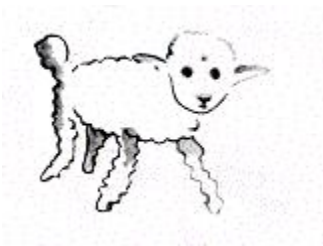
«No importa. Dibújame un cordero».

Como nunca había dibujado un cordero, rehíce para él uno de los dos únicos dibujos que sabía hacer. El de la boa cerrada. Y me quedé atónito al oír que el hombrecito me respondía:

«¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa. Una boa es muy peligrosa, y un elefante ocupa mucho espacio. Donde yo vivo todo es muy pequeño. Necesito un cordero. Dibújame un cordero».

Entonces dibujé.

Miró con atención, y luego:



«¡No! Este ya está muy enfermo. Hazme otro».

Dibujé:



Mi amigo sonrió con amabilidad, con indulgencia:

«¿Ves?... Esto no es un cordero, es un carnero. Tiene cuernos...».

Rehíce, pues, una vez más mi dibujo, pero lo rechazó, como los anteriores:

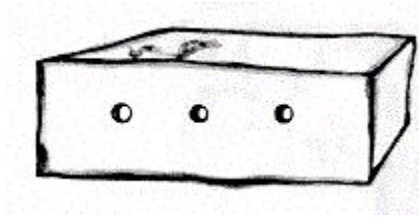


«Este es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo».

Entonces, sin paciencia ya, porque tenía prisa por empezar a desmontar el motor, garabateé este dibujo.

Y le solté:

«Esta es la caja. El cordero que quieres está adentro».



Pero me sorprendió mucho ver cómo se iluminaba la cara de mi joven juez:

«¡Es justo como lo quería! ¿Crees que este cordero necesitará mucho pasto?».

«¿Por qué?».

«Porque donde yo vivo todo es muy pequeño...».

«Seguro que alcanzará. Te di un cordero muy pequeñito».

Inclinó la cabeza hacia el dibujo:

«No tan pequeño... ¡Mira! Se quedó dormido...».

Y así fue como conocí al principito.

III



Me costó mucho tiempo entender de dónde venía. El principito, que me hacía muchas preguntas, nunca parecía oír las mías. Fueron palabras dichas por casualidad las que, poco a poco, me lo revelaron todo. Así, cuando vio por primera vez mi avión (no voy a dibujar mi avión, es un dibujo demasiado complicado para mí), me preguntó:

«¿Qué es esa cosa?».

«No es una cosa. Vuela. Es un avión. Es mi avión».

Y yo estaba orgulloso de contarle que volaba. Entonces exclamó:

«¡Cómo! ¡Te caíste del cielo!».

«Sí», le dije con modestia.

«¡Ah! ¡Qué divertido!...».

Y el principito soltó una risa muy linda que me irritó mucho. Quie-

ro que mis desgracias se tomen en serio. Después agregé:

«Entonces, ¡tú también vienes del cielo! ¿De qué planeta eres?».

Vislumbré de inmediato una luz en el misterio de su presencia, y le pregunté de golpe:

«¿Así que tú vienes de otro planeta?».

Pero no me contestó. Movía la cabeza suavemente sin dejar de mirar mi avión:

«Es verdad que, en eso, no puedes venir de muy lejos...».

Y se hundió en un ensueño que duró mucho rato. Luego, sacando mi cordero del bolsillo, se sumergió en la contemplación de su tesoro.

Imaginen cuánto me había intrigado esa media confidencia sobre «los otros planetas». Traté, pues, de saber algo más:

«¿De dónde vienes, hombrecito? ¿Dónde queda eso que llamas “donde yo vivo”? ¿Adónde quieres llevarte mi cordero?».

Me respondió después de un silencio pensativo:

«Lo bueno de la caja que me diste es que, de noche, le servirá de casa».

«Claro. Y si te portas bien, te daré también una cuerda para amarrarlo durante el día. Y una estaca».

La propuesta pareció escandalizar al principito:

«¿Amarrarlo? ¡Qué idea más rara!».

«Pero si no lo amarras, se irá a cualquier parte y se perderá...».

Y mi amigo soltó otra carcajada:

«Pero ¿adónde quieres que vaya?».

«A cualquier parte. Derecho hacia adelante...».

Entonces el principito observó con seriedad:

«No importa, ¡es tan pequeño donde yo vivo!».

Y, con un poco de melancolía, quizá, agregó:

«Derecho hacia adelante no se puede llegar muy lejos...».

IV

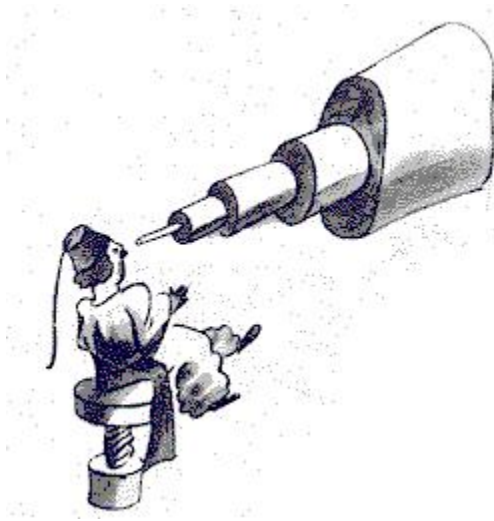
Así supe una segunda cosa muy importante: ¡su planeta de origen era apenas más grande que una casa!

Eso no podía asombrarme mucho. Sabía bien que, aparte de los planetas grandes como la Tierra, Júpiter, Marte o Venus, a los que se les ha dado nombre, hay cientos de otros que a veces son tan pequeños que cuesta mucho divisarlos con el telescopio. Cuando un astrónomo descubre uno de ellos, le pone por nombre un número. Lo llama, por ejemplo: «el asteroide 3251».

Tengo serias razones para creer que el planeta del que venía el principito es el asteroide B 612.

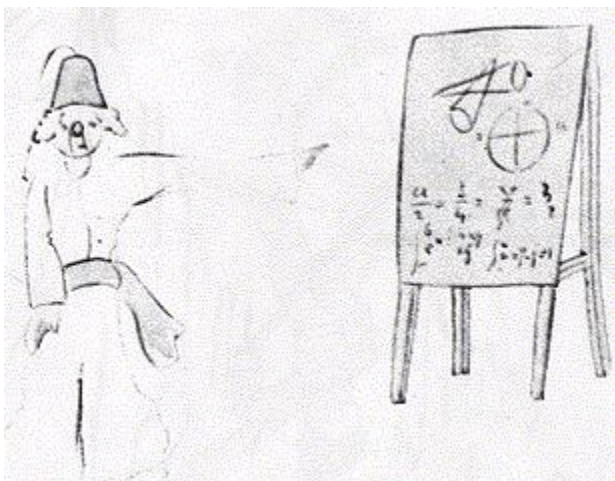


Este asteroide solo ha sido divisado una vez con el telescopio, en 1909, por un astrónomo turco.



El astrónomo hizo entonces una gran demostración de su descubrimiento en un Congreso Internacional de Astronomía.

Pero nadie le creyó por culpa de su traje. Así son las personas mayores.



Por suerte para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco obligó a su pueblo, bajo pena de muerte, a vestirse a la europea. El astrónomo repitió su demostración en 1920, con un traje muy elegante. Y esta vez todo el mundo le dio la razón.



Si les he contado estos detalles sobre el asteroide B 612 y si les he confiado su número, es por las personas mayores. A las personas mayores les gustan las cifras. Cuando ustedes les hablan de un nuevo amigo, nunca les preguntan por lo esencial. Nunca les dicen: «¿Cómo es su voz? ¿Cuáles son sus juegos preferidos? ¿Colecciona mariposas?». Les preguntan: «¿Cuántos años tiene? ¿Cuántos hermanos tiene? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?». Solo entonces creen conocerlo. Si ustedes les dicen a las personas mayores: «He visto una casa preciosa de ladrillos rosados, con geranios en las ventanas y palomas en el techo...», no logran imaginarse esa casa. Hay que decirles: «He visto una casa de cien mil francos». Entonces exclaman: «¡Qué bonita es!».

Así, si ustedes les dicen: «La prueba de que el principito existió es que era encantador, que se reía y que quería un cordero. Cuando uno quiere un cordero, es la prueba de que existe», se encogerán de hombros y los tratarán a ustedes como a niños. Pero si les dicen: «El planeta del que venía es el asteroide B 612», entonces quedarán convencidas y los dejarán tranquilos con sus preguntas. Así son. No hay que guardarles rencor. Los niños deben ser muy indulgentes con las personas mayores.

Pero, claro, a nosotros, que entendemos la vida, ¡los números nos tienen sin cuidado! Me habría gustado empezar esta historia como los cuentos de hadas. Me habría gustado decir:

«Había una vez un principito que vivía en un planeta apenas más grande que él y que necesitaba un amigo...». Para los que entienden la vida, eso habría parecido mucho más verdadero.

Porque no me gusta que lean mi libro a la ligera. Siento tanta pena al contar estos recuerdos. Hace ya seis años que mi amigo se fue con su cordero. Si intento describirlo aquí, es para no olvidarlo. Es triste olvidar a un amigo. No todo el mundo ha tenido un amigo. Y yo puedo volverme como las personas mayores, que ya solo se interesan por las cifras. Por eso también me compré una caja de pinturas y unos lápices. ¡Es difícil volver a dibujar a mi edad, cuando uno nunca ha hecho otros intentos que el de una boa cerrada y el de una boa abierta, a los seis años! Trataré, por supuesto, de hacer los retratos lo más parecidos posible. Pero no estoy del todo seguro de lograrlo. Un dibujo resulta, y el otro ya no se parece. También me equivoco un poco en el tamaño. Aquí el principito es demasiado grande. Allá es demasiado pequeño. Dudo también sobre el color de su traje. Entonces tanteo por aquí y por allá, como mejor puedo. Por último, me equivocaré en algunos detalles más importantes. Pero eso tendrán que perdonármelo. Mi amigo nunca daba explicaciones. Quizá me creía parecido a él. Pero yo, por desgracia, no sé ver los corderos a través de las cajas. Quizá soy un poco como las personas mayores. Debo de haber envejecido.

V

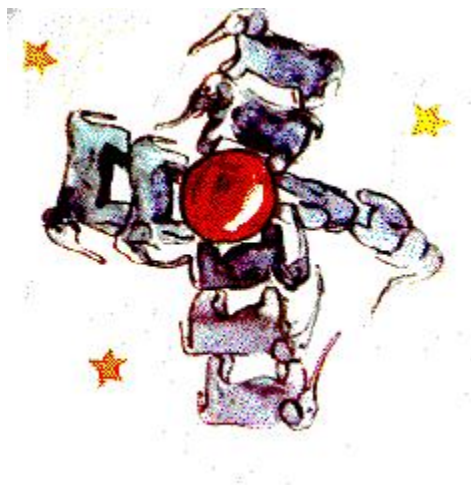
Cada día aprendía algo sobre el planeta, sobre la partida, sobre el viaje. Iba saliendo muy despacio, al azar de lo que pensaba. Así fue como, al tercer día, supe del drama de los baobabs.

También esta vez fue gracias al cordero, porque de pronto el principito me preguntó, como asaltado por una duda grave:

«Es verdad, ¿no es cierto?, que los corderos se comen los arbustos».

«Sí. Es verdad».

«¡Ah! ¡Qué contento estoy!».



No entendí por qué era tan importante que los corderos se comieran los arbustos. Pero el principito agregó:

«Entonces, ¿también se comen los baobabs?».

Le hice notar al principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles grandes como iglesias, y que, aunque se llevara consigo toda una manada de elefantes, esa manada no daría cuenta de un solo baobab.

La idea de la manada de elefantes hizo reír al principito:

«Habría que ponerlos unos encima de otros...».

Pero observó con sabiduría:

«Los baobabs, antes de crecer, empiezan siendo pequeños».

«¡Es cierto! Pero ¿por qué quieres que tus corderos se coman los baobabs pequeños?».

Me respondió: «¡Pero claro! ¡Si es obvio!», como si se tratara de una evidencia. Y tuve que hacer un gran esfuerzo de inteligencia para entender yo solo el problema.

Y, en efecto, en el planeta del principito había, como en todos los planetas, hierbas buenas y hierbas malas. Por lo tanto, semillas buenas de hierbas buenas y semillas malas de hierbas malas. Pero las semillas son invisibles. Duermen en el secreto de la tierra hasta que a una de ellas se le antoja despertar. Entonces se estira y empuja primero tímidamente hacia el sol un brotecito encantador e inofensivo. Si se trata de un brote de rábano o de rosál, se lo puede dejar crecer como quiera. Pero si se trata de una planta mala, hay que arrancarla enseguida, en cuanto se la reconoce. Ahora bien, en el planeta del principito había semillas terribles... eran las semillas de baobab. El suelo del planeta estaba infestado de ellas. Y un baobab, si uno se ocupa de él demasiado tarde, ya no hay manera de librarse de él. Invade todo el planeta. Lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y los baobabs son demasiado numerosos, lo hacen reventar.

«Es una cuestión de disciplina», me decía más tarde el principito. «Cuando uno ha terminado de arreglarse por la mañana, hay que arreglar con cuidado el planeta. Hay que obligarse a arrancar con regularidad los baobabs apenas se los distingue de los rosales, a los que se parecen mucho cuando son muy jóvenes. Es un trabajo muy aburrido, pero muy fácil».



Y un día me aconsejó que me esmerara en hacer un buen dibujo, para que esto les entrara bien en la cabeza a los niños de mi tierra. «Si algún día viajan», me decía, «les podrá servir. A veces no hay ningún inconveniente en dejar el trabajo para más tarde. Pero, si se trata de los baobabs, es siempre una catástrofe. Conocí un planeta habitado por un perezoso. Había descuidado tres arbustos...».



Y, siguiendo las indicaciones del principito, dibujé ese planeta. No me gusta mucho adoptar el tono de un moralista. Pero el peligro de los baobabs es tan poco conocido, y los riesgos que correría quien se extraviara en un asteroide son tan grandes, que, por una vez, hago una excepción a mi reserva. Digo: «¡Niños! ¡Cuidado con los baobabs!». Si trabajé tanto en ese dibujo, fue para advertir a mis amigos de un peligro

que rozaban desde hacía mucho tiempo, igual que yo, sin conocerlo. La lección que daba valía la pena. Quizá se pregunten ustedes: ¿por qué no hay en este libro otros dibujos tan grandiosos como el dibujo de los baobabs? La respuesta es muy simple: lo intenté, pero no lo logré. Cuando dibujé los baobabs, me impulsaba el sentimiento de la urgencia.



VI

¡Ah, principito! Así fui entendiendo, poco a poco, tu pequeña vida melancólica. Durante mucho tiempo no tuviste otra distracción que la dulzura de las puestas de sol. Supe este detalle nuevo la mañana del cuarto día, cuando me dijiste:

«Me gustan mucho las puestas de sol. Vamos a ver una puesta de sol...».

«Pero hay que esperar...».

«¿Esperar qué?».

«Esperar a que el sol se ponga».

Primero pareciste muy sorprendido, y después te reíste de ti mismo. Y me dijiste:

«¡Siempre creo que estoy en mi casa!».

En efecto. Cuando es mediodía en los Estados Unidos, el sol, como todo el mundo sabe, se pone en Francia. Bastaría con poder ir a Francia en un minuto para presenciar la puesta de sol. Por desgracia, Francia está demasiado lejos. Pero en tu planeta, tan pequeño, te bastaba con correr tu silla unos pasos. Y mirabas el crepúsculo cada vez que lo deseabas...

«¡Un día vi ponerse el sol cuarenta y cuatro veces!».

Y un poco más tarde agregabas:

«¿Sabes?... cuando uno está muy triste le gustan las puestas de sol...».

«¿Así que el día de las cuarenta y tres veces estabas muy triste?».

Pero el principito no respondió.

VII

El quinto día, otra vez gracias al cordero, se me reveló este secreto de la vida del principito. Me preguntó de golpe, sin preámbulo, como fruto de un problema largamente meditado en silencio:

«Un cordero, si se come los arbustos, ¿se come también las flores?».

«Un cordero se come todo lo que encuentra».

«¿Hasta las flores que tienen espinas?».

«Sí. Hasta las flores que tienen espinas».

«Entonces, las espinas, ¿para qué sirven?».

Yo no lo sabía. Estaba muy ocupado tratando de desatornillar un perno demasiado apretado de mi motor. Estaba muy preocupado, porque la avería empezaba a parecerme muy grave, y el agua para beber, que se acababa, me hacía temer lo peor.

«Las espinas, ¿para qué sirven?».

El principito nunca renunciaba a una pregunta una vez que la había hecho. Yo estaba irritado con mi perno y respondí cualquier cosa:

«Las espinas no sirven para nada, ¡son pura maldad de las flores!».

«¡Oh!».

Pero después de un silencio me lanzó, con una especie de rencor:

«¡No te creo! Las flores son débiles. Son ingenuas. Se dan seguridad como pueden. Se creen terribles con sus espinas...».

No respondí nada. En ese momento me decía: «Si este perno sigue resistiendo, lo haré saltar de un martillazo». El principito volvió a interrumpir mis pensamientos:

«Y tú crees que las flores...».

«¡Que no! ¡Que no! ¡No creo nada! Respondí cualquier cosa. ¡Yo me ocupo de cosas serias!».

Me miró estupefacto.

«¡De cosas serias!».

Me veía con el martillo en la mano y los dedos negros de grasa, inclinado sobre un objeto que le parecía muy feo.

«¡Hablas como las personas mayores!».

Eso me dio un poco de vergüenza. Pero él, implacable, agregó:

«Lo confundes todo... ¡lo mezclas todo!».

Estaba de verdad muy irritado. Sacudía al viento sus cabellos dorados:

«Conozco un planeta donde hay un señor carmesí. Nunca ha oído una flor. Nunca ha mirado una estrella. Nunca ha querido a nadie. Nunca ha hecho otra cosa que sumas. Y todo el día repite como tú: “¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio!” y eso lo hincha de orgullo. Pero eso no es un hombre, ¡es un hongo!».

«¿Un qué?».

«¡Un hongo!».

El principito estaba ahora pálido de rabia.

«Hace millones de años que las flores fabrican espinas. Hace millones de años que los corderos se comen igual las flores. ¿Y no es serio tratar de entender por qué se toman tanto trabajo en fabricarse espinas que nunca sirven para nada? ¿No es importante la guerra entre los corderos y las flores? ¿No es más serio y más importante que las sumas de un señor gordo y colorado? ¡Y si yo conozco una flor única en el mundo, que no existe en ninguna parte salvo en mi planeta, y que un corderito puede destruir de un solo golpe, así, una mañana, sin darse cuenta de lo que hace, eso no es importante!».



Se puso colorado y luego continuó:

«Si alguien quiere a una flor de la que no existe más que un ejemplar entre los millones y millones de estrellas, eso basta para que sea feliz cuando las mira. Se dice: “Mi flor está allá, en alguna parte...”. Pero si el cordero se come la flor, ¡para él es como si de repente todas las estrellas se apagaran! ¡Y eso no es importante!».

No pudo decir nada más. De pronto estalló en sollozos. Había caído la noche. Yo había soltado mis herramientas. Qué me importaban el martillo, el perno, la sed y la muerte. ¡Había, en una estrella, en un planeta, el mío, la Tierra, un principito a quien consolar! Lo tomé en brazos. Lo mecí. Le decía: «La flor que quieres no está en peligro... Le dibujaré un bozal a tu cordero... Te dibujaré una armadura para tu flor... Yo...». No sabía muy bien qué decir. Me sentía muy torpe. No sabía cómo llegar hasta él, dónde alcanzarlo... ¡Es tan misterioso el país de las lágrimas!

VIII

Muy pronto aprendí a conocer mejor esa flor. En el planeta del principito siempre había habido flores muy sencillas, adornadas con una sola hilera de pétalos, que no ocupaban lugar y no molestaban a nadie. Aparecían una mañana entre la hierba y se apagaban por la tarde. Pero esta había germado un día de una semilla traída de quién sabe dónde, y el principito había vigilado muy de cerca ese brote que no se parecía a los demás brotes. Podía ser una nueva especie de baobab. Pero el arbusto pronto dejó de crecer y empezó a preparar una flor. El principito, que asistía a la aparición de un capullo enorme, presentía que de él saldría algo milagroso, pero la flor no terminaba nunca de prepararse para ser hermosa, al abrigo de su habitación verde. Elegía con cuidado sus colores. Se vestía despacio, se acomodaba los pétalos uno a uno. No quería salir toda arrugada como las amapolas. Solo quería aparecer en el pleno esplendor de su belleza. ¡Pues sí! ¡Era muy coqueta! Su misterioso arreglo había durado, pues, días y días. Y he aquí que una mañana, justo a la hora en que salía el sol, se había mostrado.



Y ella, que había trabajado con tanta precisión, dijo bostezando:

«¡Ah! Apenas me despierto... Le pido perdón... Todavía estoy toda despeinada...».

El principito, entonces, no pudo contener su admiración:

«¡Qué hermosa es usted!».

«¿Verdad que sí?», respondió suavemente la flor. «Y nací al mismo tiempo que el sol...».

El principito adivinó que no era demasiado modesta, ¡pero era tan conmovedora!

«Creo que es la hora del desayuno», había agregado al poco rato. «¿Tendría usted la bondad de acordarse de mí?...».

Y el principito, muy confundido, fue a buscar una regadera con agua fresca y le sirvió a la flor.



Así, muy pronto lo había atormentado con su vanidad un poco quisquillosa. Un día, por ejemplo, hablando de sus cuatro espinas, le había dicho al principito:

«¡Que vengan los tigres con sus garras!».

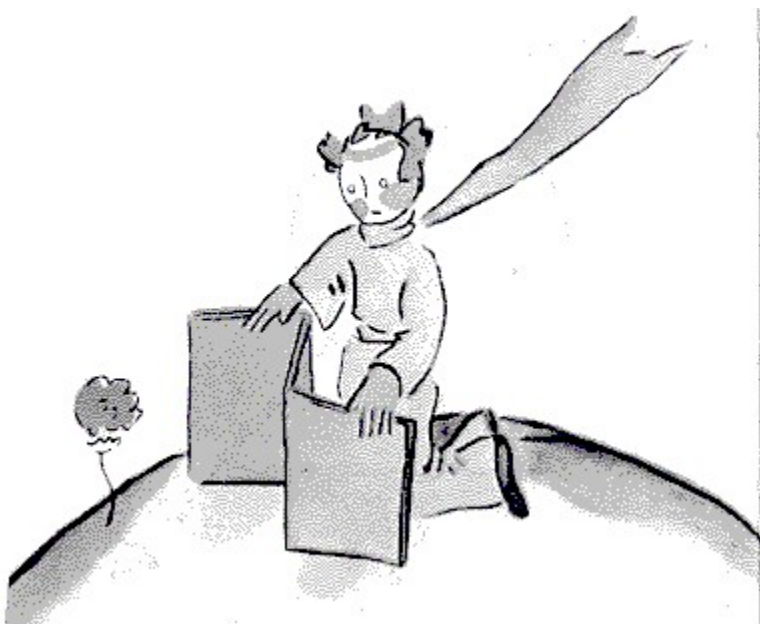


«No hay tigres en mi planeta», había objetado el principito, «y además los tigres no comen hierba».

«Yo no soy una hierba», había respondido suavemente la flor.

«Perdóneme...».

«No les temo a los tigres, pero las corrientes de aire me horrorizan. ¿No tendría usted un biombo?».



«Las corrientes de aire la horrorizan... mala suerte para una planta», había observado el principito. «Esta flor es bien complicada...».

«Por la noche me pondrá bajo un globo de cristal. Hace mucho frío aquí donde usted vive. Está mal acondicionado. Allá de donde ven-
go...».



Pero se había interrumpido. Había llegado en forma de semilla. No había podido conocer nada de los otros mundos. Humillada por haberse dejado sorprender preparando una mentira tan ingenua, había tosido dos o tres veces para dejar al principito como el culpable:

«¿Y el biombo?...».

«¡Iba a buscarlo, pero usted me estaba hablando!».

Entonces ella había forzado la tos para que él sintiera remordimiento de todos modos.

Así, el principito, a pesar de la buena voluntad de su amor, pronto había empezado a dudar de ella. Se había tomado en serio palabras sin importancia y se había vuelto muy desdichado.

«No debí escucharla», me confió un día. «Nunca hay que escuchar a

las flores. Hay que mirarlas y olerlas. La mía perfumaba mi planeta, pero yo no sabía alegrarme con eso. Esa historia de las garras, que tanto me había molestado, debió enternecerme...».

Y me confió también:

«¡No supe entender nada entonces! Debí juzgarla por sus actos y no por sus palabras. Me perfumaba y me iluminaba. ¡Nunca debí huir! Debí adivinar su ternura detrás de sus pobres astucias. ¡Las flores son tan contradictorias! Pero yo era demasiado joven para saber quererla».

IX



Creo que, para escaparse, aprovechó una migración de pájaros silvestres. La mañana de la partida dejó su planeta bien ordenado. Deshollinó con cuidado sus volcanes en actividad. Tenía dos volcanes en actividad. Y eran muy prácticos para calentar el desayuno por la mañana. Tenía también un volcán apagado. Pero, como él decía: «¡Nunca se sabe!». Así que deshollinó también el volcán apagado. Si están bien deshollinados, los volcanes arden despacio y con regularidad, sin erupcio-

nes. Las erupciones volcánicas son como los incendios de chimenea. Es evidente que en nuestra tierra somos demasiado pequeños para desho-llinar nuestros volcanes. Por eso nos causan montones de problemas.

El principito arrancó también, con un poco de melancolía, los últimos brotes de baobab. Creía que no iba a volver nunca. Pero todas esas tareas de siempre le parecieron, aquella mañana, extremadamente dulces. Y cuando regó por última vez la flor y se dispuso a ponerla al abrigo bajo su globo, descubrió que tenía ganas de llorar.



«Adiós», le dijo a la flor.

Pero ella no le respondió.

«Adiós», repitió él.

La flor tosió. Pero no era por su resfrío.

«He sido tonta», le dijo por fin. «Te pido perdón. Trata de ser feliz».

Lo sorprendió que no hubiera reproches. Se quedó ahí, desconcertado, con el globo en el aire. No entendía esa dulzura tranquila.

«Pues sí, te quiero», le dijo la flor. «No te enteraste de nada, por culpa mía. Eso no tiene ninguna importancia. Pero tú fuiste tan tonto como yo. Trata de ser feliz... Deja ese globo. Ya no lo quiero».

«Pero el viento...».

«No estoy tan resfriada... El aire fresco de la noche me hará bien. Soy una flor».

«Pero los animales...».

«Tengo que aguantar dos o tres orugas si quiero conocer a las mariposas. Dicen que son tan hermosas. Si no, ¿quién vendrá a visitarme? Tú vas a estar lejos. En cuanto a los animales grandes, no les temo. Tengo mis garras».

Y mostraba ingenuamente sus cuatro espinas. Después agregó:

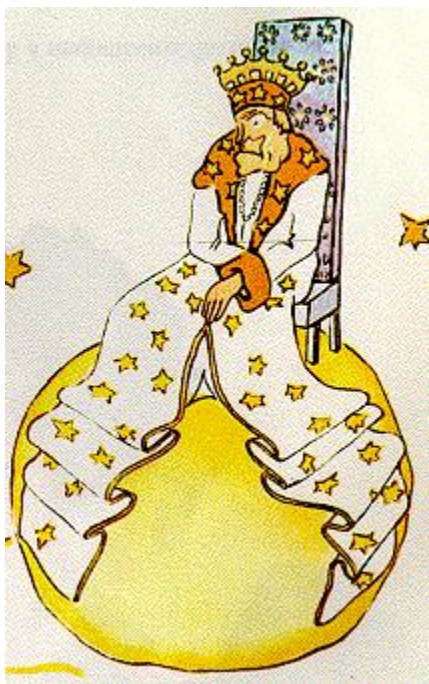
«No te demores así, que es irritante. Decidiste irte. Vete».

Porque no quería que él la viera llorar. Era una flor tan orgullosa...

X

Se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Empezó, pues, por visitarlos, para buscar allí una ocupación y para instruirse.

El primero estaba habitado por un rey. El rey, vestido de púrpura y armiño, estaba sentado en un trono muy sencillo y, sin embargo, majestuoso.



«¡Ah! He aquí un súbdito», exclamó el rey cuando vio al principito.

Y el principito se preguntó:

«¿Cómo puede reconocermé, si nunca me ha visto?».

No sabía que, para los reyes, el mundo es muy simple. Todos los hombres son súbditos.

«Acércate, para que te vea mejor», le dijo el rey, muy orgulloso de ser por fin rey de alguien.

El principito buscó con los ojos dónde sentarse, pero todo el planeta estaba ocupado por el magnífico manto de armiño. Se quedó, pues, de pie, y, como estaba cansado, bostezó.

«Es contrario a la etiqueta bostezar en presencia de un rey», le dijo el monarca. «Te lo prohíbo».

«No puedo evitarlo», respondió el principito, muy confundido. «He hecho un largo viaje y no he dormido...».

«Entonces», le dijo el rey, «te ordeno bostezar. Hace años que no veo bostezar a nadie. Los bostezos son para mí una curiosidad. ¡Vamos! Bosteza otra vez. Es una orden».

«Eso me intimida... ya no puedo...», dijo el principito, todo colorado.

«¡Ejem! ¡Ejem!», respondió el rey. «Entonces yo... yo te ordeno que a ratos bosteces y a ratos...».

Balbuceaba un poco y parecía molesto.

Porque el rey quería ante todo que se respetara su autoridad. No toleraba la desobediencia. Era un monarca absoluto. Pero, como era muy bueno, daba órdenes razonables.

«Si yo ordenara», decía a menudo, «si yo le ordenara a un general convertirse en ave marina, y el general no obedeciera, no sería culpa del general. Sería culpa mía».

«¿Puedo sentarme?», preguntó tímidamente el principito.

«Te ordeno sentarte», le respondió el rey, que recogió majestuosamente un faldón de su manto de armiño.

Pero el principito estaba asombrado. El planeta era diminuto. ¿Sobre qué podía reinar el rey?

«Majestad», le dijo, «le pido perdón por preguntarle...».

«Te ordeno preguntarme», se apresuró a decir el rey.

«Majestad... ¿sobre qué reina usted?».

«Sobre todo», respondió el rey con gran sencillez.

«¿Sobre todo?».

El rey, con un gesto discreto, señaló su planeta, los otros planetas y las estrellas.

«¿Sobre todo eso?», dijo el principito.

«Sobre todo eso...», respondió el rey.

Porque no solo era un monarca absoluto, sino también un monarca universal.

«¿Y las estrellas le obedecen?».

«Por supuesto», le dijo el rey. «Obedecen al instante. No tolero la indisciplina».

Semejante poder maravilló al principito. ¡Si lo hubiera tenido él mismo, habría podido presenciar no cuarenta y cuatro, sino setenta y dos, o incluso cien, o incluso doscientas puestas de sol en un mismo día, sin tener que correr nunca su silla! Y como se sentía un poco triste al recordar su pequeño planeta abandonado, se atrevió a pedirle una gracia al rey:

«Quisiera ver una puesta de sol... Hágame ese gusto... Ordénele al sol que se ponga...».

«Si yo le ordenara a un general volar de flor en flor como una mariposa, o escribir una tragedia, o convertirse en ave marina, y el general no cumpliera la orden recibida, ¿quién estaría en falta, él o yo?».

«Usted», dijo con firmeza el principito.

«Exacto. Hay que exigir a cada uno lo que cada uno puede dar», continuó el rey. «La autoridad descansa ante todo en la razón. Si le ordenas a tu pueblo que vaya a tirarse al mar, hará la revolución. Yo tengo derecho a exigir obediencia porque mis órdenes son razonables».

«¿Y mi puesta de sol?», le recordó el principito, que nunca olvidaba una pregunta una vez que la había hecho.

«Tu puesta de sol la tendrás. La exigiré. Pero, según mi ciencia de gobierno, esperaré a que las condiciones sean favorables».

«¿Y cuándo será eso?», quiso saber el principito.

«¡Ejem! ¡Ejem!», le respondió el rey, que primero consultó un grue-

so calendario. «¡Ejem! ¡Ejem! Será hacia... hacia... ¡será esta tarde, hacia las siete y cuarenta! Y verás qué bien me obedecen».

El principito bostezó. Echaba de menos su puesta de sol perdida. Y además ya empezaba a aburrirse un poco:

«Ya no tengo nada que hacer aquí», le dijo al rey. «¡Me voy otra vez!».

«No te vayas», respondió el rey, que estaba tan orgulloso de tener un súbdito. «No te vayas, ¡te nombro ministro!».

«¿Ministro de qué?».

«¡De... de justicia!».

«¡Pero si no hay nadie a quien juzgar!».

«Nunca se sabe», le dijo el rey. «Todavía no he recorrido mi reino. Soy muy viejo, no tengo espacio para una carroza y caminar me cansa».

«¡Oh! Pero yo ya miré», dijo el principito, que se inclinó para echar otro vistazo al otro lado del planeta. «Allá tampoco hay nadie...».

«Entonces te juzgarás a ti mismo», le respondió el rey. «Es lo más difícil. Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los demás. Si logras juzgarte bien, es que eres un verdadero sabio».

«Yo», dijo el principito, «puedo juzgarme a mí mismo en cualquier parte. No necesito vivir aquí».

«¡Ejem! ¡Ejem!», dijo el rey. «Creo que en alguna parte de mi planeta hay una rata vieja. La oigo por la noche. Podrás juzgar a esa rata vieja. La condenarás a muerte de vez en cuando. Así su vida dependerá de tu justicia. Pero la indultarás cada vez, para ahorrarla. No hay más que una».

«A mí», respondió el principito, «no me gusta condenar a muerte, y creo que me voy».

«No», dijo el rey.

Pero el principito, que ya había terminado sus preparativos, no quiso apenar al viejo monarca:

«Si Su Majestad deseara ser obedecido puntualmente, podría darme

una orden razonable. Podría ordenarme, por ejemplo, partir antes de un minuto. Me parece que las condiciones son favorables...».

Como el rey no respondió nada, el principito dudó al principio y luego, con un suspiro, emprendió la partida.

«¡Te nombro mi embajador!», se apresuró entonces a gritar el rey.

Tenía un gran aire de autoridad.

Las personas mayores son muy extrañas, se dijo el principito para sus adentros durante el viaje.

XI

El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso:



«¡Ah! ¡Ah! ¡Aquí viene a visitarme un admirador!», exclamó de lejos el vanidoso apenas vio al principito.

Porque, para los vanidosos, los demás hombres son admiradores.

«Buenos días», dijo el principito. «Usted tiene un sombrero muy raro».

«Es para saludar», le respondió el vanidoso. «Es para saludar cuando me aclaman. Por desgracia, nunca pasa nadie por aquí».

«¿Ah, sí?», dijo el principito, que no entendió.

«Golpea una mano contra la otra», le aconsejó entonces el vanidoso.

El principito golpeó una mano contra la otra. El vanidoso saludó con modestia, levantando el sombrero.

«Esto es más divertido que la visita al rey», se dijo para sus adentros el principito. Y volvió a golpear una mano contra la otra. El vanidoso volvió a saludar levantando el sombrero.

Después de cinco minutos de ejercicio, el principito se cansó de la monotonía del juego:

«Y para que se caiga el sombrero», preguntó, «¿qué hay que hacer?».

Pero el vanidoso no lo oyó. Los vanidosos nunca oyen otra cosa que las alabanzas.

«¿De verdad me admiras mucho?», le preguntó al principito.

«¿Qué quiere decir admirar?».

«Admirar quiere decir reconocer que soy el hombre más hermoso, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente del planeta».

«¡Pero si estás solo en tu planeta!».

«Hazme ese gusto. ¡Admírame de todos modos!».

«Te admiro», dijo el principito, encogiéndose un poco de hombros, «pero ¿qué puede importarte eso?».

Y el principito se marchó.

Las personas mayores son decididamente muy raras, se dijo simplemente para sus adentros durante el viaje.

XII

El planeta siguiente estaba habitado por un bebedor. Esta visita fue muy corta, pero sumió al principito en una gran melancolía:



«¿Qué haces ahí?», le dijo al bebedor, al que encontró sentado en silencio frente a una colección de botellas vacías y una colección de botellas llenas.

«Bebo», respondió el bebedor con aire lúgubre.

«¿Por qué bebes?», le preguntó el principito.

«Para olvidar», respondió el bebedor.

«¿Para olvidar qué?», quiso saber el principito, que ya lo compadeecía.

«Para olvidar que me da vergüenza», confesó el bebedor bajando la cabeza.

«¿Vergüenza de qué?», preguntó el principito, que quería ayudarlo.

«¡Vergüenza de beber!», concluyó el bebedor, y se encerró para

siempre en el silencio.

Y el principito se marchó, perplejo.

Las personas mayores son decididamente muy, muy raras, se decía para sus adentros durante el viaje.

XIII

El cuarto planeta era el del hombre de negocios. Este hombre estaba tan ocupado que ni siquiera levantó la cabeza cuando llegó el principito.



«Buenos días», le dijo el principito. «Su cigarrillo está apagado».

«Tres y dos son cinco. Cinco y siete, doce. Doce y tres, quince. Buenos días. Quince y siete, veintidós. Veintidós y seis, veintiocho. No tengo tiempo de volver a encenderlo. Veintiséis y cinco, treinta y uno. ¡Uf! Esto da, entonces, quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno».



«¿Quinientos millones de qué?».

«¿Eh? ¿Sigues ahí? Quinientos un millones de... ya no sé... ¡Tengo tanto trabajo! ¡Yo soy un hombre serio, no me entretengo con tontorrías! Dos y cinco, siete...».

«¿Quinientos millones de qué?», repitió el principito, que nunca en su vida había renunciado a una pregunta una vez que la había hecho.

El hombre de negocios levantó la cabeza:

«En los cincuenta y cuatro años que llevo viviendo en este planeta, solo me han molestado tres veces. La primera vez fue hace veintidós años, un abejorro que había caído Dios sabe de dónde. Hacía un ruido espantoso, y cometí cuatro errores en una suma. La segunda vez fue hace once años, un ataque de reumatismo. Me falta ejercicio. No tengo tiempo de pasear. Yo soy un hombre serio. La tercera vez... ¡es esta! Decía, pues, quinientos un millones...».

«¿Millones de qué?».

El hombre de negocios comprendió que no había esperanza de paz:

«Millones de esas cositas que a veces se ven en el cielo».

«¿Moscas?».

«Que no, cositas que brillan».

«¿Abejas?».

«Que no. Cositas doradas que hacen soñar despiertos a los holgazanes. ¡Pero yo soy un hombre serio! No tengo tiempo de soñar despierto».

«¡Ah! ¿Estrellas?».

«Eso es. Estrellas».

«¿Y qué haces con quinientos millones de estrellas?».

«Quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno. Yo soy un hombre serio, soy preciso».

«¿Y qué haces con esas estrellas?».

«¿Que qué hago con ellas?».

«Sí».

«Nada. Las poseo».

«¿Posees las estrellas?».

«Sí».

«Pero yo ya vi a un rey que...».

«Los reyes no poseen. “Reinan” sobre. Es muy distinto».

«¿Y de qué te sirve poseer las estrellas?».

«Me sirve para ser rico».

«¿Y de qué te sirve ser rico?».

«Para comprar otras estrellas, si alguien las encuentra».

Este, se dijo para sus adentros el principito, razona un poco como mi borracho.

Sin embargo, siguió preguntando:

«¿Cómo se pueden poseer las estrellas?».

«¿De quién son?», replicó, gruñón, el hombre de negocios.

«No sé. De nadie».

«Entonces son mías, porque fui el primero en pensarlo».

«¿Y eso basta?».

«Claro que sí. Cuando encuentras un diamante que no es de nadie, es tuyo. Cuando encuentras una isla que no es de nadie, es tuya. Cuando tienes una idea antes que nadie, la patentas: es tuya. Y yo poseo las estrellas, porque nunca nadie antes que yo pensó en poseerlas».

«Eso es verdad», dijo el principito. «¿Y qué haces con ellas?».

«Las administro. Las cuento y las vuelvo a contar», dijo el hombre de negocios. «Es difícil. ¡Pero yo soy un hombre serio!».

El principito todavía no estaba satisfecho.

«Yo, si tengo una bufanda, puedo ponérmela alrededor del cuello y llevármela. Yo, si tengo una flor, puedo cortar mi flor y llevármela. ¡Pero tú no puedes cortar las estrellas!».

«No, pero puedo depositarlas en el banco».

«¿Qué quiere decir eso?».

«Quiere decir que escribo en un papelito el número de mis estrellas. Y después guardo ese papel bajo llave en un cajón».

«¿Y eso es todo?».

«¡Con eso basta!».

Es divertido, pensó el principito. Es bastante poético. Pero no es muy serio.

El principito tenía sobre las cosas serias ideas muy distintas de las de las personas mayores.

«Yo», dijo todavía, «tengo una flor que riego todos los días. Tengo tres volcanes que deshollino todas las semanas. Porque deshollino también el que está apagado. Nunca se sabe. A mis volcanes les sirve, y a mi flor le sirve, que yo los posea. Pero tú no les sirves de nada a las estrellas...».

El hombre de negocios abrió la boca, pero no encontró nada que responder, y el principito se marchó.

Las personas mayores son decididamente del todo extraordinarias, se decía simplemente para sus adentros durante el viaje.

XIV

El quinto planeta era muy curioso. Era el más pequeño de todos. Tenía el espacio justo para un farol y un farolero. El principito no lograba explicarse para qué podían servir, en alguna parte del cielo, en un planeta sin casas ni habitantes, un farol y un farolero. Sin embargo, se dijo para sus adentros:

«Puede que este hombre sea absurdo. Sin embargo, es menos absurdo que el rey, que el vanidoso, que el hombre de negocios y que el bebedor. Al menos su trabajo tiene sentido. Cuando enciende su farol, es como si hiciera nacer una estrella más, o una flor. Cuando apaga su farol, hace dormir a la flor o a la estrella. Es una ocupación muy linda. Es verdaderamente útil, puesto que es linda».



Cuando llegó al planeta, saludó con respeto al farolero:

«Buenos días. ¿Por qué acabas de apagar tu farol?».

«Es la consigna», respondió el farolero. «Buenos días».

«¿Qué es la consigna?».

«Apagar mi farol. Buenas noches».

Y lo volvió a encender.

«Pero ¿por qué acabas de volver a encenderlo?».

«Es la consigna», respondió el farolero.

«No entiendo», dijo el principito.

«No hay nada que entender», dijo el farolero. «La consigna es la consigna. Buenos días».

Y apagó su farol.

Después se secó la frente con un pañuelo a cuadros rojos.

«Tengo aquí un oficio terrible. Antes era razonable. Apagaba por la mañana y encendía por la tarde. Tenía el resto del día para descansar y el resto de la noche para dormir...».

«¿Y desde entonces la consigna ha cambiado?».

«La consigna no ha cambiado», dijo el farolero. «¡Ese es justamente el drama! El planeta, año tras año, ha girado cada vez más rápido, ¡y la consigna no ha cambiado!».

«¿Y entonces?», dijo el principito.

«Entonces, ahora que da una vuelta por minuto, ya no tengo ni un segundo de descanso. ¡Enciendo y apago una vez por minuto!».

«¡Qué divertido! ¡En tu planeta los días duran un minuto!».

«No tiene nada de divertido», dijo el farolero. «Ya hace un mes que estamos conversando».

«¿Un mes?».

«Sí. Treinta minutos. ¡Treinta días! Buenas noches».

Y volvió a encender su farol.

El principito lo miró y le tomó cariño a este farolero tan fiel a la consigna. Se acordó de las puestas de sol que él mismo iba a buscar antes, corriendo su silla. Quiso ayudar a su amigo:

«¿Sabes?... conozco una manera de que descanses cuando quieras...».

«Yo quiero siempre», dijo el farolero.

Porque se puede ser, a la vez, fiel y perezoso.

El principito continuó:

«Tu planeta es tan pequeño que le das la vuelta en tres zancadas. No tienes más que caminar lo bastante despacio para quedarte siempre al sol. Cuando quieras descansar, caminarás... y el día durará todo lo que tú quieras».

«Eso no me sirve de mucho», dijo el farolero. «Lo que me gusta en la vida es dormir».

«Qué mala suerte», dijo el principito.

«Qué mala suerte», dijo el farolero. «Buenos días».

Y apagó su farol.

Este, se dijo el principito mientras seguía su viaje más lejos, este sería despreciado por todos los demás, por el rey, por el vanidoso, por el bebedor, por el hombre de negocios. Sin embargo, es el único que no me parece ridículo. Quizá porque se ocupa de algo que no es él mismo.

Suspiró con pesar y se dijo también:

«Este es el único del que yo habría podido hacerme amigo. Pero su planeta es de veras demasiado pequeño. No hay lugar para dos...».

Lo que el principito no se atrevía a confesarse era que echaba de menos ese planeta bendito sobre todo por ¡las mil cuatrocientas cuarenta puestas de sol cada veinticuatro horas!

XV

El sexto planeta era un planeta diez veces más grande. Lo habitaba un señor anciano que escribía libros enormes.



«¡Vaya! ¡Aquí viene un explorador!», exclamó cuando vio al principito.

El principito se sentó sobre la mesa y tomó un poco de aliento. ¡Había viajado tanto ya!

«¿De dónde vienes?», le preguntó el señor anciano.

«¿Qué es ese libro tan grande?», dijo el principito. «¿Qué hace usted aquí?».

«Soy geógrafo», dijo el señor anciano.

«¿Qué es un geógrafo?».

«Es un sabio que conoce dónde están los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos».

«Eso sí que es interesante», dijo el principito. «¡Por fin un verdade-

ro oficio!». Y echó una mirada a su alrededor, sobre el planeta del geógrafo. Nunca había visto todavía un planeta tan majestuoso.

«Es muy hermoso su planeta. ¿Hay océanos?».

«No puedo saberlo», dijo el geógrafo.

«¡Ah!» (El principito quedó decepcionado.) «¿Y montañas?».

«No puedo saberlo», dijo el geógrafo.

«¿Y ciudades, y ríos, y desiertos?».

«Tampoco puedo saberlo», dijo el geógrafo.

«¡Pero usted es geógrafo!».

«Es cierto», dijo el geógrafo, «pero no soy explorador. Me faltan exploradores por completo. No es el geógrafo quien sale a contar las ciudades, los ríos, las montañas, los mares, los océanos y los desiertos. El geógrafo es demasiado importante para andar paseando. No deja su escritorio. Pero allí recibe a los exploradores. Les hace preguntas y anota sus recuerdos. Y si los recuerdos de alguno le parecen interesantes, el geógrafo manda investigar la moralidad del explorador».

«¿Y eso por qué?».

«Porque un explorador que mintiera provocaría catástrofes en los libros de geografía. Y también un explorador que bebiera demasiado».

«¿Y eso por qué?», preguntó el principito.

«Porque los borrachos ven doble. Entonces el geógrafo anotaría dos montañas donde no hay más que una».

«Conozco a alguien», dijo el principito, «que sería un mal explorador».

«Es posible. Entonces, cuando la moralidad del explorador parece buena, se manda investigar su descubrimiento».

«¿Van a verlo?».

«No. Es demasiado complicado. Pero se le exige al explorador que entregue pruebas. Si se trata, por ejemplo, del descubrimiento de una montaña grande, se le exige que traiga de ella piedras grandes».

El geógrafo, de pronto, se entusiasmó.

«¡Pero tú vienes de lejos! ¡Tú eres explorador! ¡Vas a describirme

tu planeta!».

Y el geógrafo, después de abrir su registro, le sacó punta al lápiz. Los relatos de los exploradores se anotan primero con lápiz. Para anotarlos con tinta se espera a que el explorador haya entregado pruebas.

«¿Y bien?», preguntó el geógrafo.

«¡Oh! Mi casa», dijo el principito, «no es muy interesante, es muy pequeñita. Tengo tres volcanes. Dos volcanes en actividad y un volcán apagado. Pero nunca se sabe».

«Nunca se sabe», dijo el geógrafo.

«Tengo también una flor».

«Nosotros no anotamos las flores», dijo el geógrafo.

«¡¿Por qué no?! ¡Es lo más bonito!».

«Porque las flores son efímeras».

«¿Qué significa “efímera”?».

«Las geografías», dijo el geógrafo, «son los libros más serios de todos los libros. Nunca pasan de moda. Es muy raro que una montaña cambie de lugar. Es muy raro que un océano se quede sin agua. Nosotros escribimos cosas eternas».

«Pero los volcanes apagados pueden despertar», interrumpió el principito. «¿Qué significa “efímera”?».

«Que los volcanes estén apagados o despiertos da lo mismo para nosotros», dijo el geógrafo. «Lo que cuenta para nosotros es la montaña. La montaña no cambia».

«Pero ¿qué significa “efímera”?», repitió el principito, que en toda su vida nunca había renunciado a una pregunta una vez que la había hecho.

«Significa “que está amenazada de desaparecer pronto”».

«¿Mi flor está amenazada de desaparecer pronto?».

«Por supuesto».

«Mi flor es efímera», se dijo el principito, «¡y no tiene más que cuatro espinas para defenderse del mundo! ¡Y la dejé sola en casa!».

Ese fue su primer impulso de arrepentimiento. Pero recobró el áni-

mo:

«¿Qué me aconseja ir a visitar?», preguntó.

«El planeta Tierra», le respondió el geógrafo. «Tiene buena fama...».

Y el principito se fue, pensando en su flor.

XVI

El séptimo planeta fue, pues, la Tierra.

¡La Tierra no es un planeta cualquiera! Se cuentan en ella ciento once reyes (sin olvidar, por supuesto, a los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de bebedores, trescientos once millones de vanidosos, es decir, alrededor de dos mil millones de personas mayores.

Para darles una idea del tamaño de la Tierra, les diré que antes de la invención de la electricidad había que mantener en ella, en el conjunto de los seis continentes, un verdadero ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros.

Visto desde un poco lejos, aquello producía un efecto espléndido. Los movimientos de ese ejército estaban regulados como los de un ballet de ópera. Primero era el turno de los faroleros de Nueva Zelanda y de Australia. Después estos, tras encender sus faroles, se iban a dormir. Entonces entraban a su vez en la danza los faroleros de China y de Siberia. Luego también ellos desaparecían entre bastidores. Entonces era el turno de los faroleros de Rusia y de la India. Luego el de los de África y Europa. Luego el de los de América del Sur. Luego el de los de América del Norte. Y nunca se equivocaban en su orden de entrada en escena. Era grandioso.

Solo el farolero del único farol del polo Norte, y su colega del único farol del polo Sur, llevaban vidas de ocio y despreocupación: trabajaban dos veces al año.

XVII

Cuando uno quiere hacerse el ingenioso, a veces le pasa que miente un poco. No he sido muy honesto al hablarles de los faroleros. Corro el riesgo de dar una idea falsa de nuestro planeta a quienes no lo conocen. Los hombres ocupan muy poco lugar en la Tierra. Si los dos mil millones de habitantes que pueblan la Tierra se pusieran de pie y un poco apretados, como para un mitin, cabrían sin dificultad en una plaza pública de veinte millas de largo por veinte millas de ancho. Se podría amontonar a la humanidad en el más pequeño islote del Pacífico.

Las personas mayores, por supuesto, no les creerán. Se imaginan que ocupan mucho lugar. Se ven tan importantes como los baobabs. Aconséjenles, entonces, que hagan el cálculo. Adoran las cifras: eso les gustará. Pero no pierdan su tiempo en esa tarea. Es inútil. Ustedes confían en mí.



El principito, una vez en la Tierra, se sorprendió mucho de no ver a nadie. Ya tenía miedo de haberse equivocado de planeta, cuando un anillo color de luna se movió en la arena.

«Buenas noches», dijo el principito, por si acaso.

«Buenas noches», dijo la serpiente.

«¿En qué planeta he caído?», preguntó el principito.

«En la Tierra, en África», respondió la serpiente.

«¡Ah!... ¿Entonces no hay nadie en la Tierra?».

«Aquí es el desierto. No hay nadie en los desiertos. La Tierra es grande», dijo la serpiente.

El principito se sentó en una piedra y levantó los ojos hacia el cielo:

«Me pregunto», dijo, «si las estrellas están encendidas para que cada uno pueda algún día encontrar la suya. Mira mi planeta. Está justo encima de nosotros... ¡Pero qué lejos está!».

«Es hermoso», dijo la serpiente. «¿Qué vienes a hacer aquí?».

«Tengo problemas con una flor», dijo el principito.

«¡Ah!», dijo la serpiente.

Y se quedaron callados.

«¿Dónde están los hombres?», volvió a decir por fin el principito.

«Uno está un poco solo en el desierto...».

«También se está solo entre los hombres», dijo la serpiente.

El principito la miró largo rato:



«Eres un animal raro», le dijo por fin, «delgado como un dedo...».

«Pero soy más poderosa que el dedo de un rey», dijo la serpiente.

El principito sonrió:

«No eres muy poderosa... ni siquiera tienes patas... ni siquiera puedes viajar...».

«Puedo llevarte más lejos que un barco», dijo la serpiente.

Se enroscó alrededor del tobillo del principito, como un brazalete de oro:

«Al que toco, lo devuelvo a la tierra de la que salió», dijo todavía.

«Pero tú eres puro y vienes de una estrella...».

El principito no respondió nada.

«Me das lástima, tú, tan débil, en esta Tierra de granito. Puedo ayudarte algún día si echas demasiado de menos tu planeta. Puedo...».

«¡Oh! Entendí muy bien», dijo el principito, «pero ¿por qué hablas siempre con enigmas?».

«Yo los resuelvo todos», dijo la serpiente.

Y se quedaron callados.

XVIII

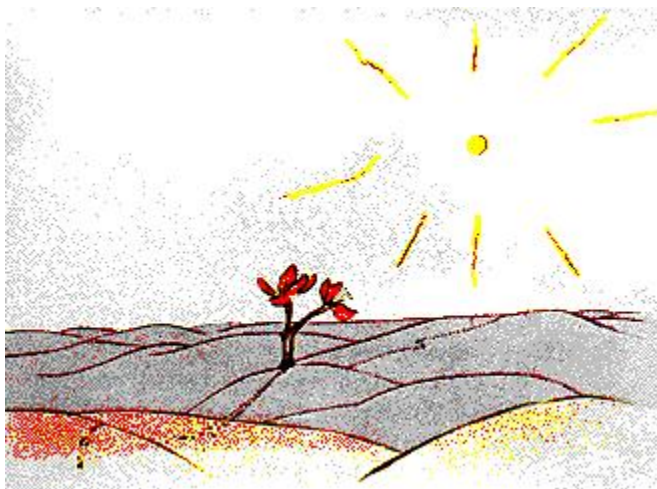
El principito atravesó el desierto y no encontró más que una flor. Una flor de tres pétalos, una flor de nada...

«Buenos días», dijo el principito.

«Buenos días», dijo la flor.

«¿Dónde están los hombres?», preguntó cortésmente el principito.

La flor, un día, había visto pasar una caravana:



«¿Los hombres? Existen, creo, seis o siete. Los divisé hace años. Pero nunca se sabe dónde encontrarlos. El viento los lleva de un lado a otro. Les faltan raíces, y eso les molesta mucho».

«Adiós», dijo el principito.

«Adiós», dijo la flor.

XIX

El principito subió a una montaña alta. Las únicas montañas que había conocido en su vida eran los tres volcanes, que le llegaban a la rodilla. Y el volcán apagado le servía de taburete. «Desde una montaña tan alta como esta», se dijo entonces, «veré de una vez todo el planeta y a todos los hombres...». Pero no divisó más que agujas de roca muy afiladas.

«Buenos días», dijo por si acaso.

«Buenos días... buenos días... buenos días...», respondió el eco.

«¿Quiénes son ustedes?», dijo el principito.

«Quiénes son ustedes... quiénes son ustedes... quiénes son ustedes...», respondió el eco.

«Sean mis amigos, estoy solo», dijo.

«Estoy solo... estoy solo... estoy solo...», respondió el eco.

«¡Qué planeta tan raro!», pensó entonces. «Es todo seco, todo puntiagudo y todo salado.



Y a los hombres les falta imaginación. Repiten lo que se les dice... En mi casa tenía una flor: siempre hablaba primero...».

XX

Pero sucedió que el principito, después de haber caminado mucho tiempo a través de arenas, rocas y nieves, descubrió por fin un camino. Y todos los caminos van adonde están los hombres.

«Buenos días», dijo.

Era un jardín lleno de rosas en flor.

«Buenos días», dijeron las rosas.

El principito las miró. Todas se parecían a su flor.



«¿Quiénes son ustedes?», les preguntó, asombrado.

«Somos rosas», dijeron las rosas.

«¡Ah!», dijo el principito...

Y se sintió muy desdichado. Su flor le había contado que era la única de su especie en el universo. ¡Y he aquí que había cinco mil, todas iguales, en un solo jardín!

«Se sentiría muy ofendida», se dijo, «si viera esto... tosería muchísimo y fingiría morirse para escapar del ridículo. Y yo tendría que fingir que la cuido, porque si no, para humillarme también a mí, se dejaría morir de verdad...».

Después se dijo todavía: «Me creía rico con una flor única, y no ten-

go más que una rosa común. Eso y mis tres volcanes que me llegan a la rodilla, y de los cuales uno, tal vez, está apagado para siempre, no hacen de mí un príncipe muy grande...». Y, tendido en la hierba, lloró.

XXI

Fue entonces cuando apareció el zorro.

«Buenos días», dijo el zorro.

«Buenos días», respondió cortésmente el principito, que se dio vuelta pero no vio nada.



«Estoy aquí», dijo la voz, «debajo del manzano».

«¿Quién eres?», dijo el principito. «Eres muy bonito...».

«Soy un zorro», dijo el zorro.

«Ven a jugar conmigo», le propuso el principito. «Estoy tan triste...».

«No puedo jugar contigo», dijo el zorro. «No estoy domesticado».

«¡Ah! Perdón», dijo el principito.

Pero, después de pensarlo, agregó:

«¿Qué significa “domesticar”?».

«Tú no eres de aquí», dijo el zorro. «¿Qué buscas?».

«Busco a los hombres», dijo el principito. «¿Qué significa “domesticar”?».

«Los hombres», dijo el zorro, «tienen escopetas y cazan. ¡Es muy molesto! También crían gallinas. Es lo único que tienen de interesante. ¿Buscas gallinas?».



«No», dijo el principito. «Busco amigos. ¿Qué significa “domesticar”?».

«Es una cosa demasiado olvidada», dijo el zorro. «Significa “crear lazos...”».

«¿Crear lazos?».

«Claro», dijo el zorro. «Para mí, tú no eres todavía más que un niño igual a cien mil niños. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. Para ti, yo no soy más que un zorro igual a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, nos necesitaremos el uno al otro. Tú serás para mí único en el mundo. Yo seré para ti único en el mundo...».

«Empiezo a entender», dijo el principito. «Hay una flor... creo que me ha domesticado...».

«Es posible», dijo el zorro. «En la Tierra se ven toda clase de cosas...».

«¡Oh! No es en la Tierra», dijo el principito.

El zorro pareció muy intrigado:

«¿En otro planeta?».

«Sí».

«¿Hay cazadores en ese planeta?».

«No».

«Eso sí que es interesante! ¿Y gallinas?».

«No».

«Nada es perfecto», suspiró el zorro.

Pero el zorro volvió a su idea:

«Mi vida es monótona. Yo cazo gallinas, los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Así que me aburro un poco. Pero si me domesticas, mi vida se llenará de sol. Conoceré un ruido de pasos que será distinto de todos los demás. Los otros pasos me hacen esconderme bajo tierra. Los tuyos me llamarán fuera de la madriguera, como una música. ¡Y además, mira! ¿Ves allá los campos de trigo? Yo no como pan. El trigo para mí no sirve de nada. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Y eso es triste! Pero tú tienes el pelo color de oro. ¡Entonces será maravilloso cuando me hayas domesticado! El trigo, que es dorado, me hará acordarme de ti. Y me gustará el ruido del viento en el trigo...».

El zorro se calló y miró largo rato al principito:

«Por favor... ¡doméstícame!», dijo.

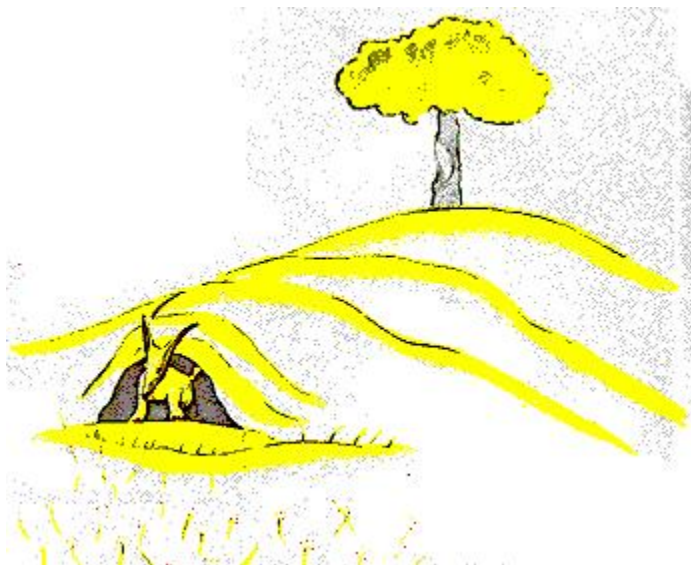
«Me encantaría», respondió el principito, «pero no tengo mucho tiempo. Tengo amigos que descubrir y muchas cosas que conocer».

«Solo se conocen las cosas que se domestican», dijo el zorro. «Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas ya hechas en las tiendas. Pero como no existen tiendas de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo, ¡doméstícame!».

«¿Qué hay que hacer?», dijo el principito.

«Hay que tener mucha paciencia», respondió el zorro. «Primero te sentarás un poco lejos de mí, así, en la hierba. Yo te miraré de reojo y tú no dirás nada. El lenguaje es fuente de malentendidos. Pero cada día podrás sentarte un poco más cerca...».

Al día siguiente el principito volvió.



«Habría sido mejor que volvieras a la misma hora», dijo el zorro. «Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, desde las tres empezaré a ser feliz. Mientras más avance la hora, más feliz me sentiré. A las cuatro ya estaré agitado e inquieto; ¡descubriré el precio de la felicidad! Pero si vienes a cualquier hora, nunca sabré a qué hora preparar el corazón... Hacen falta ritos».

«¿Qué es un rito?», dijo el principito.

«Es también algo demasiado olvidado», dijo el zorro. «Es lo que hace que un día sea distinto de los otros días, y una hora, de las otras horas. Mis cazadores, por ejemplo, tienen un rito. Los jueves bailan con las muchachas del pueblo. ¡Entonces el jueves es un día maravilloso! Me voy a pasear hasta la viña. Si los cazadores bailaran en cualquier momento, todos los días serían iguales y yo no tendría nunca vacaciones».

Así el principito domesticó al zorro. Y cuando estuvo cerca la hora de partir:

«¡Ah!», dijo el zorro... «Voy a llorar».

«Es culpa tuya», dijo el principito. «Yo no te deseaba ningún mal,

pero tú quisiste que te domesticara...».

«Claro», dijo el zorro.

«¡Pero vas a llorar!», dijo el principito.

«Claro», dijo el zorro.

«¡Entonces no ganas nada!».

«Gano algo», dijo el zorro, «por el color del trigo».

Luego agregó:

«Ve a ver otra vez las rosas. Entenderás que la tuya es única en el mundo. Volverás a despedirte de mí y te regalaré un secreto».

El principito se fue a ver otra vez las rosas.

«Ustedes no se parecen en nada a mi rosa, ustedes no son nada todavía», les dijo. «Nadie las ha domesticado y ustedes no han domesticado a nadie. Son como era mi zorro. No era más que un zorro igual a otros cien mil. Pero lo hice mi amigo, y ahora es único en el mundo».

Y las rosas se sentían incómodas.

«Son hermosas, pero están vacías», les dijo todavía. «No se puede morir por ustedes. Claro que, en cuanto a mi rosa, un transeúnte cualquiera creería que se parece a ustedes. Pero ella sola es más importante que todas ustedes juntas, porque es a ella a quien regué. Porque es a ella a quien puse bajo un globo de cristal. Porque es a ella a quien protegí con el biombo. Porque es a ella a quien le maté las orugas (salvo las dos o tres que dejé para las mariposas). Porque es a ella a quien escuché quejarse, o alabarse, o incluso, algunas veces, quedarse callada. Porque es mi rosa».

Y volvió adonde estaba el zorro:



«Adiós», dijo...

«Adiós», dijo el zorro. «Este es mi secreto. Es muy simple: solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos».

«Lo esencial es invisible a los ojos», repitió el principito, para acordarse.

«Es el tiempo que perdiste por tu rosa lo que hace a tu rosa tan importante».

«Es el tiempo que perdí por mi rosa...», dijo el principito, para acordarse.

«Los hombres han olvidado esta verdad», dijo el zorro. «Pero tú no debes olvidarla. Te vuelves responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...».

«Soy responsable de mi rosa...», repitió el principito, para acordarse.

XXII

«Buenos días», dijo el principito.

«Buenos días», dijo el guardagujas.

«¿Qué haces aquí?», dijo el principito.

«Clasifico a los viajeros en paquetes de mil», dijo el guardagujas.

«Despacho los trenes que se los llevan, unas veces hacia la derecha, otras hacia la izquierda».

Y un rápido iluminado, retumbando como un trueno, hizo temblar la cabina del guardagujas.

«Tienen mucha prisa», dijo el principito. «¿Qué buscan?».

«Ni el hombre de la locomotora lo sabe», dijo el guardagujas.

Y retumbó, en sentido contrario, un segundo rápido iluminado.

«¿Ya vuelven?», preguntó el principito...

«No son los mismos», dijo el guardagujas. «Es un intercambio».

«¿No estaban contentos donde estaban?».

«Uno nunca está contento donde está», dijo el guardagujas.

Y retumbó el trueno de un tercer rápido iluminado.

«¿Persiguen a los primeros viajeros?», preguntó el principito.

«No persiguen nada de nada», dijo el guardagujas. «Ahí dentro duermen, o bostezan. Solo los niños aplastan la nariz contra los vidrios».

«Solo los niños saben lo que buscan», dijo el principito. «Pierden tiempo por una muñeca de trapo, y la muñeca se vuelve muy importante, y si se la quitan, lloran...».

«Tienen suerte», dijo el guardagujas.

XXIII

«Buenos días», dijo el principito.

«Buenos días», dijo el comerciante. Era un comerciante de píldoras perfeccionadas que calman la sed. Se traga una por semana y ya no se siente la necesidad de beber.

«¿Por qué vendes eso?», dijo el principito.

«Es un gran ahorro de tiempo», dijo el comerciante. «Los expertos hicieron los cálculos. Se ahorran cincuenta y tres minutos por semana».

«¿Y qué se hace con los cincuenta y tres minutos?».

«Se hace lo que uno quiere...».

«Yo», se dijo el principito, «si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría muy despacito hacia una fuente...».

XXIV

Era el octavo día de mi avería en el desierto, y yo había escuchado la historia del comerciante bebiendo la última gota de mi reserva de agua:

«¡Ah!», le dije al principito, «son muy bonitos tus recuerdos, pero todavía no he reparado mi avión, ya no tengo nada que beber, ¡y yo también sería feliz si pudiera caminar muy despacito hacia una fuente!».

«Mi amigo el zorro», me dijo...

«¡Mi hombrecito, ya no se trata del zorro!».

«¿Por qué?».

«Porque vamos a morir de sed...».

No entendió mi razonamiento, y me respondió:

«Es bueno haber tenido un amigo, aunque uno vaya a morir. Yo estoy muy contento de haber tenido un amigo zorro...».

«No se da cuenta del peligro», me dije. «Nunca tiene hambre ni sed. Le basta un poco de sol...».

Pero me miró y respondió a mi pensamiento:

«Yo también tengo sed... busquemos un pozo...».

Hice un gesto de cansancio: es absurdo buscar un pozo al azar en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos en marcha.

Cuando llevábamos horas caminando en silencio, cayó la noche y las estrellas empezaron a encenderse. Yo las veía como en un sueño, porque tenía un poco de fiebre a causa de la sed. Las palabras del principito bailaban en mi memoria:

«¿Así que tú también tienes sed?», le pregunté.

Pero no respondió a mi pregunta. Me dijo simplemente:

«El agua también puede ser buena para el corazón...».

No entendí su respuesta, pero me callé... Sabía bien que no había

que hacerle preguntas.

Estaba cansado. Se sentó. Me senté a su lado. Y, después de un silencio, dijo todavía:

«Las estrellas son hermosas por una flor que no se ve...».

Respondí «claro» y miré, sin hablar, los pliegues de la arena bajo la luna.

«El desierto es hermoso», agregó...

Y era verdad. Siempre me ha gustado el desierto. Uno se sienta en una duna de arena. No se ve nada. No se oye nada. Y, sin embargo, algo brilla en silencio...

«Lo que embellece el desierto», dijo el principito, «es que esconde un pozo en alguna parte...».

Me sorprendió comprender de golpe ese misterioso brillo de la arena. Cuando yo era niño, vivía en una casa antigua, y la leyenda contaba que había un tesoro enterrado en ella. Por supuesto, nadie supo nunca descubrirlo, ni tal vez lo buscó siquiera. Pero encantaba toda la casa. Mi casa escondía un secreto en el fondo de su corazón...

«Sí», le dije al principito, «ya se trate de la casa, de las estrellas o del desierto, ¡lo que los hace hermosos es invisible!».

«Me alegra», dijo, «que estés de acuerdo con mi zorro».

Como el principito se quedaba dormido, lo tomé en mis brazos y me puse otra vez en camino. Estaba conmovido. Me parecía llevar un tesoro frágil. Me parecía incluso que no había nada más frágil en la Tierra. Miraba, a la luz de la luna, esa frente pálida, esos ojos cerrados, esos mechones de pelo que temblaban con el viento, y me decía: «Lo que veo aquí no es más que una corteza. Lo más importante es invisible...».

Como sus labios entreabiertos esbozaban media sonrisa, me dije todavía: «Lo que tanto me conmueve de este principito dormido es su fidelidad a una flor, es la imagen de una rosa que brilla en él como la llama de una lámpara, incluso cuando duerme...». Y lo adiviné todavía más frágil. Hay que proteger bien las lámparas: una ráfaga de viento

puede apagarlas...

Y, caminando así, descubrí el pozo al amanecer.

XXV

«Los hombres», dijo el principito, «se meten en los rápidos, pero ya no saben lo que buscan. Entonces se agitan y dan vueltas en redondo...».

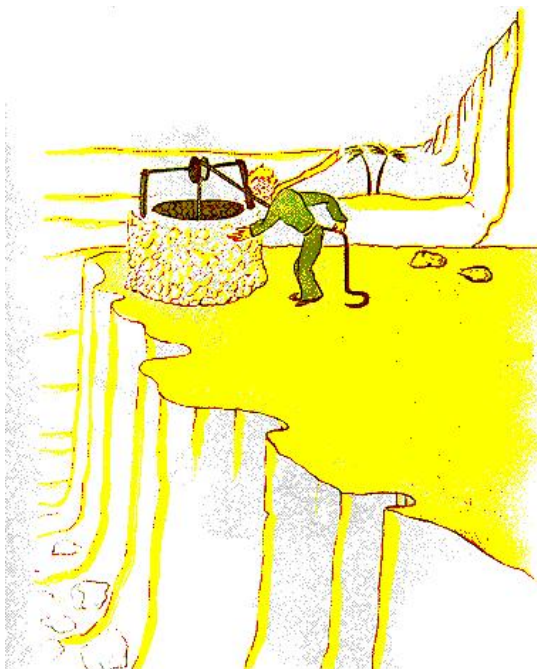
Y agregó:

«No vale la pena...».

El pozo al que habíamos llegado no se parecía a los otros pozos del Sahara. Los pozos del Sahara son simples agujeros cavados en la arena. Este se parecía a un pozo de pueblo. Pero allí no había ningún pueblo, y yo creía estar soñando.

«Es extraño», le dije al principito, «todo está listo: la polea, el balde y la cuerda...».

Se rio, tocó la cuerda, hizo andar la polea. Y la polea gimió como una vieja veleta cuando el viento ha dormido mucho tiempo.



«¿Oyes?», dijo el principito. «Despertamos este pozo y canta...».

Yo no quería que hiciera ningún esfuerzo:

«Déjame a mí», le dije, «es demasiado pesado para ti».

Lentamente subí el balde hasta el brocal. Lo dejé ahí bien asentado. En mis oídos seguía el canto de la polea y, en el agua que todavía temblaba, veía temblar el sol.

«Tengo sed de esa agua», dijo el principito, «dame de beber...».

¡Y comprendí lo que había buscado!

Levanté el balde hasta sus labios. Bebió con los ojos cerrados. Era dulce como una fiesta. Esa agua era mucho más que un alimento. Había nacido de la caminata bajo las estrellas, del canto de la polea, del esfuerzo de mis brazos. Era buena para el corazón, como un regalo. Cuando yo era niño, la luz del árbol de Navidad, la música de la misa de medianoche, la dulzura de las sonrisas hacían así todo el brillo del regalo de Navidad que recibía.

«Los hombres de tu tierra», dijo el principito, «cultivan cinco mil rosas en un mismo jardín... y no encuentran en él lo que buscan...».

«No lo encuentran», respondí...

«Y, sin embargo, lo que buscan podría encontrarse en una sola rosa o en un poco de agua...».

«Claro», respondí.

Y el principito agregó:

«Pero los ojos son ciegos. Hay que buscar con el corazón».

Yo había bebido. Respiraba bien. La arena, al amanecer, es color de miel. Ese color de miel también me hacía feliz. ¿Por qué tenía que sentir pena...?

«Tienes que cumplir tu promesa», me dijo suavemente el principito, que de nuevo se había sentado a mi lado.

«¿Qué promesa?».

«Ya sabes... un bozal para mi cordero... ¡soy responsable de esa flor!».

Saqué del bolsillo mis bosquejos de dibujo. El principito los vio y di-

jo riendo:

«Tus baobabs se parecen un poco a repollos...».

«¡Oh!».

¡Y yo que estaba tan orgulloso de los baobabs!

«Tu zorro... sus orejas... se parecen un poco a cuernos... ¡y son demasiado largas!».

Y se rio otra vez.

«Eres injusto, hombrecito, yo no sabía dibujar nada más que boas cerradas y boas abiertas».

«¡Oh! Está bien así», dijo, «los niños saben».

Dibujé, pues, un bozal con el lápiz. Y se me apretó el corazón al dárselo:

«Tienes planes que yo no conozco...».

Pero no me respondió. Me dijo:

«¿Sabes? Mi caída en la Tierra... mañana se cumple un año...».

Luego, después de un silencio, dijo todavía:

«Había caído muy cerca de aquí...».

Y se sonrojó.

Y de nuevo, sin entender por qué, sentí una pena extraña. Sin embargo, me vino una pregunta:

«Entonces no es por casualidad que, la mañana en que te conocí, hace ocho días, andabas paseando así, solo, a mil millas de cualquier región habitada. ¿Volvías al lugar de tu caída?».

El principito se sonrojó otra vez.

Y agregué, dudando:

«¿Tal vez por el aniversario?...».

El principito se sonrojó de nuevo. Nunca respondía a las preguntas, pero, cuando uno se sonroja, eso significa «sí», ¿no es cierto?

«¡Ah!», le dije, «tengo miedo...».

Pero él me respondió:

«Ahora tienes que trabajar. Tienes que volver a tu máquina. Te espero aquí. Vuelve mañana en la tarde...».

Pero yo no estaba tranquilo. Me acordaba del zorro. Uno corre el riesgo de llorar un poco si se ha dejado domesticar...

XXVI

Junto al pozo había las ruinas de un viejo muro de piedra. Cuando volví de mi trabajo, al día siguiente en la tarde, divisé de lejos a mi principito sentado allá arriba, con las piernas colgando. Y lo oí hablar:

«¿Entonces no te acuerdas?», decía. «¡No es exactamente aquí!».

Otra voz le respondió, sin duda, puesto que él replicó:

«¡Sí! ¡Sí! Es el día, pero no es aquí el lugar...».

Seguí caminando hacia el muro. Seguía sin ver ni oír a nadie. Sin embargo, el principito replicó de nuevo:

«... Claro. Verás dónde empieza mi huella en la arena. No tienes más que esperarme allí. Estaré allí esta noche...».

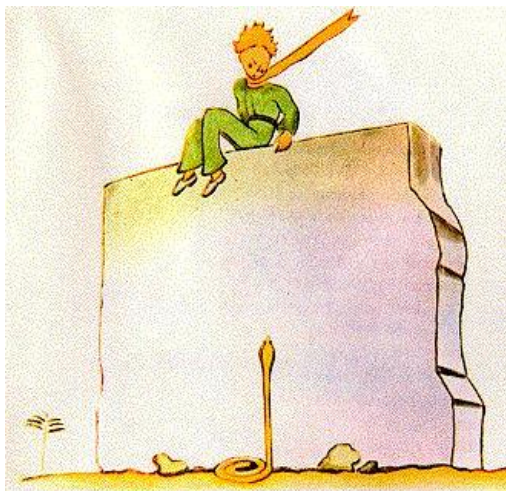
Yo estaba a veinte metros del muro y seguía sin ver nada.

El principito dijo todavía, después de un silencio:

«¿Tienes buen veneno? ¿Estás seguro de que no me harás sufrir mucho tiempo?».

Me detuve, con el corazón apretado, pero seguía sin entender.

«Ahora vete», dijo... «¡Quiero bajar!».



Entonces yo mismo bajé los ojos hacia el pie del muro, ¡y di un salto! Allí estaba, erguida hacia el principito, una de esas serpientes amarillas que lo despachan a uno en treinta segundos. Mientras buscaba en el bolsillo para sacar mi revólver, eché a correr, pero, al ruido que hice, la serpiente se dejó deslizar suavemente en la arena, como un chorro de agua que muere, y, sin apurarse demasiado, se escurrió entre las piedras con un leve ruido de metal.

Llegué al muro justo a tiempo para recibir en mis brazos a mi pequeño príncipe, pálido como la nieve.

«¡¿Qué historia es esta?! ¡Ahora hablas con las serpientes!».

Le había quitado su eterna bufanda dorada. Le había mojado las sienes y le había dado de beber. Y ahora ya no me atrevía a preguntarle nada. Me miró con seriedad y me rodeó el cuello con sus brazos. Sentía latir su corazón como el de un pájaro que muere, cuando le han disparado con una carabina. Me dijo:

«Me alegra que hayas encontrado lo que le faltaba a tu máquina. Vas a poder volver a tu casa...».

«¿Cómo lo sabes?».

¡Yo venía justamente a contarle que, contra toda esperanza, había logrado terminar mi trabajo!

No respondió nada a mi pregunta, pero agregó:

«Yo también vuelvo hoy a mi casa...».

Luego, melancólico:

«Es mucho más lejos... es mucho más difícil...».

Yo sentía bien que estaba pasando algo extraordinario. Lo apretaba en mis brazos como a un niño pequeño y, sin embargo, me parecía que se hundía en línea recta en un abismo sin que yo pudiera hacer nada para retenerlo...

Tenía la mirada seria, perdida muy lejos:

«Tengo tu cordero. Y tengo la caja para el cordero. Y tengo el botal...».

Y sonrió con melancolía.

Esperé largo rato. Sentía que poco a poco recobraba el calor:

«Hombrecito, tuviste miedo...».

¡Claro que había tenido miedo! Pero se rio suavemente:

«Tendré mucho más miedo esta noche...».

De nuevo me sentí helado por la sensación de lo irreparable. Y comprendí que no soportaba la idea de no volver a oír nunca más esa risa. Era para mí como una fuente en el desierto.

«Hombrecito, quiero oírte reír otra vez...».

Pero él me dijo:

«Esta noche se cumple un año. Mi estrella estará justo encima del lugar donde caí el año pasado...».

«Hombrecito, ¿verdad que es un mal sueño esta historia de la serpiente, de la cita y de la estrella...?».

Pero no respondió a mi pregunta. Me dijo:

«Lo importante no se ve...».

«Claro...».

«Es como con la flor. Si quieres a una flor que está en una estrella, es dulce mirar el cielo de noche. Todas las estrellas están florecidas».

«Claro...».

«Es como con el agua. La que me diste de beber era como una música, por la polea y la cuerda... ¿te acuerdas?... era buena».

«Claro...».

«De noche mirarás las estrellas. Mi casa es demasiado pequeña para mostrarte dónde está la mía. Es mejor así. Mi estrella será para ti una de las estrellas. Entonces te gustará mirar todas las estrellas... Todas serán tus amigas. Y además te voy a hacer un regalo...».

Se rio otra vez.

«¡Ah, hombrecito, hombrecito, cómo me gusta oír esa risa!».

«Justamente ese será mi regalo... será como con el agua...».

«¿Qué quieres decir?».

«La gente tiene estrellas que no son las mismas. Para unos, los que viajan, las estrellas son guías. Para otros no son más que lucecitas. Pa-

ra otros, que son sabios, son problemas. Para mi hombre de negocios eran oro. Pero todas esas estrellas se callan. Tú tendrás estrellas como nadie las tiene...».

«¿Qué quieres decir?».

«Cuando mires el cielo, de noche, como yo viviré en una de ellas, como yo me reíré en una de ellas, entonces para ti será como si se rieran todas las estrellas. ¡Tú tendrás estrellas que saben reír!».

Y se rio otra vez.

«Y cuando te hayas consolado (uno siempre se consuela), te alegrarás de haberme conocido. Siempre serás mi amigo. Tendrás ganas de reírte conmigo. Y a veces abrirás tu ventana, así, por el gusto de hacerlo... Y tus amigos se quedarán muy sorprendidos de verte reír mirando el cielo. Entonces les dirás: “¡Sí, las estrellas siempre me hacen reír!”. Y te creerán loco. Te habré hecho una broma muy fea...».

Y se rio otra vez.

«Será como si te hubiera dado, en vez de estrellas, montones de cascabelitos que saben reír...».

Y se rio otra vez. Luego volvió a ponerse serio:

«Esta noche... ¿sabes?... no vengas».

«No te dejaré».

«Parecerá que me duele... parecerá un poco que me muero. Es así. No vengas a ver eso, no vale la pena...».

«No te dejaré».

Pero estaba preocupado.

«Te lo digo... también por la serpiente. No tiene que morderte... Las serpientes son malas. Pueden morder por gusto...».

«No te dejaré».

Pero algo lo tranquilizó:

«Es cierto que no tienen veneno para la segunda mordedura...».

Esa noche no lo vi ponerse en camino. Se había escapado sin ruido. Cuando logré alcanzarlo, caminaba decidido, con paso rápido. Solo me dijo:

«¡Ah! Estás aquí...».

Y me tomó de la mano. Pero todavía se atormentó:

«Hiciste mal. Vas a sufrir. Parecerá que estoy muerto y no será verdad...».

Yo me callaba.

«Entiendes. Es demasiado lejos. No puedo llevarme este cuerpo. Pesa demasiado».

Yo me callaba.

«Pero será como una vieja corteza abandonada. No son tristes las cortezas viejas...».

Yo me callaba.

Se desanimó un poco. Pero hizo todavía un esfuerzo:

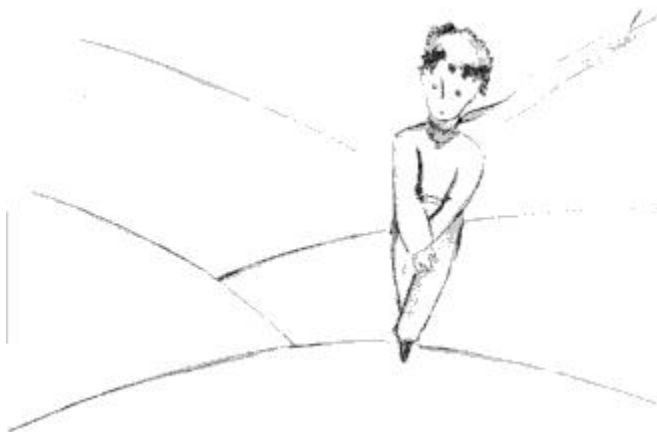
«Será lindo, ¿sabes? Yo también miraré las estrellas. Todas las estrellas serán pozos con una polea oxidada. Todas las estrellas me darán de beber...».

Yo me callaba.

«Será tan divertido! Tú tendrás quinientos millones de cascabeles, yo tendré quinientos millones de fuentes...».

Y él también se calló, porque estaba llorando...

«Es aquí. Déjame dar un paso solo».



Y se sentó porque tenía miedo.



Dijo todavía:

«¿Sabes?... mi flor... ¡soy responsable de ella! ¡Y es tan débil! Y es tan ingenua. Tiene cuatro espinas de nada para protegerse del mundo...».

Yo me senté porque ya no podía tenerme en pie. Él dijo:

«Eso es... Eso es todo...».

Vaciló todavía un poco y luego se levantó. Dio un paso. Yo no podía moverme.

No hubo más que un destello amarillo cerca de su tobillo. Se quedó inmóvil un instante. No gritó. Cayó suavemente, como cae un árbol. Ni siquiera hizo ruido, por la arena.

XXVII

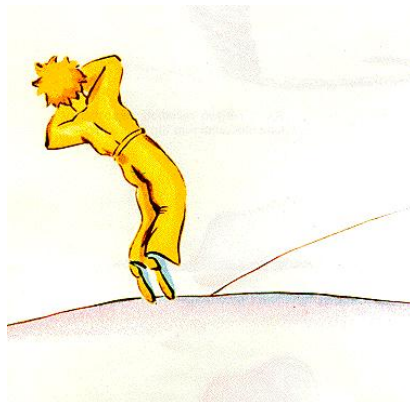
Y ahora, claro, ya han pasado seis años... Nunca he contado todavía esta historia. Los compañeros que volvieron a verme se alegraron mucho de verme vivo. Yo estaba triste, pero les decía: «Es el cansancio...».

Ahora me he consolado un poco. Es decir... no del todo. Pero sé bien que volvió a su planeta, porque al amanecer no encontré su cuerpo. No era un cuerpo tan pesado... Y de noche me gusta escuchar las estrellas. Es como quinientos millones de cascabeles...

Pero sucede algo extraordinario. ¡Al bozal que dibujé para el principito se me olvidó agregarle la correa de cuero! Nunca habrá podido ponérselo al cordero. Entonces me pregunto: «¿Qué habrá pasado en su planeta? A lo mejor el cordero se comió la flor...».

A veces me digo: «¡Seguro que no! El principito encierra su flor todas las noches bajo su globo de cristal, y vigila bien a su cordero...». Entonces soy feliz. Y todas las estrellas se ríen suavemente.

Otras veces me digo: «Uno se distrae alguna vez, ¡y eso basta! Una noche se olvidó del globo de cristal, o el cordero salió sin ruido durante la noche...». ¡Entonces los cascabeles se convierten todos en lágrimas!...



Ese es un misterio muy grande. Para ustedes, que también quieren al principito, igual que para mí, nada del universo es lo mismo si en alguna parte, quién sabe dónde, un cordero que no conocemos se ha comido, sí o no, una rosa...

Miren el cielo. Pregúntense: ¿el cordero se comió o no se comió la flor? Y verán cómo todo cambia...

¡Y ninguna persona mayor comprenderá jamás que eso tenga tanta importancia!

Este es, para mí, el paisaje más hermoso y más triste del mundo. Es el mismo paisaje de la página anterior, pero lo dibujé una vez más para mostrárselo bien. Es aquí donde el principito apareció en la Tierra y después desapareció.



Miren con atención este paisaje para estar seguros de reconocerlo, si algún día viajan a África, por el desierto. Y, si les toca pasar por ahí, se

lo suplico, no se apuren, ¡esperen un poco justo debajo de la estrella!
Si entonces un niño se les acerca, si se ríe, si tiene el pelo de oro, si no
responde cuando le preguntan, adivinarán bien quién es. ¡Entonces
sean buenos! No me dejen tan triste: escribanme pronto que ha vuel-
to...